

NÚÑEZ DE ARCE, GASPAR (1834-1903)

*LA PESCA: POEMA*

INDICE:

I - CXCVIII

I

¡Cuántas veces sentado en tu ribera,  
¡oh mar! como si oyera  
la abrumadora voz de lo infinito,  
ha despertado en la conciencia mía  
honda melancolía,  
tu atronador, tu interminable grito!

II

Todo enmudece y cae en el misterio:  
el poderoso imperio  
que la tierra asoló con sus batallas;  
hasta los dioses que de polo á polo  
temidos son; tú sólo  
sientes rodar los siglos, y no callas.

III

No callas, y hasta el alto firmamento  
sube tu ronco acento,  
y cuando revolviéndote en ti mismo  
ruges furioso, en tus entrañas late  
el horror del combate  
que empeña el huracán con el abismo.

IV

Sólo alcanza poder tan soberano,  
el pensamiento humano  
como tú grande, como tú profundo,  
que alzando sin cesar su voz de trueno,  
forja en su ardiente seno  
las glorias y catástrofes del mundo.

## V

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!...  
¿Qué hiciste de las naves  
con que surcó tu inmensidad, la aciaga  
y trágica ambición? ¿Adónde han ido?  
Como el mortal olvido  
tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

## VI

Todo perece en ti sin dejar huella:  
el barco que se estrella  
contra el peñón, la armada que devoras,  
los continentes que iracundo invades,  
las sordas tempestades  
que avanzan en tus olas bramadoras.

## VII

La tierra, en cuyo seno te reclinas,  
mantiene en pie las ruinas  
que las ciegas catástrofes dejaron.  
Tú, con desdén soberbio, las rechazas:  
por ti pueblos y razas  
como sombras efímeras pasaron.

## VIII

El furor de los tiempos, que venciste,  
sólo tu voz resiste:  
tu acento fue, como clamor de guerra,  
el que la humanidad oyó primero,  
¡ay! y será el postrero  
que en su agonía escuchará la tierra.

## IX

Pero más, mucho más que cuando inmolas  
y abismas en tus olas  
la insolencia del fuerte á quien humillas,  
mi espíritu conturbas y enajenas  
con las tristes escenas  
que esparcen el terror en tus orillas.

## X

No lejos de un peñón agrio y salvaje  
que con recio oleaje  
el cantábrico mar bate y socava,  
al través de los árboles blanquea  
casi ignorada aldea,  
sobre la costa inabordable y brava.

## XI

Mirando al mar, de frente al Océano,  
que sacudiendo en vano  
la roca estéril sin cesar se agita,  
el horizonte corta y se alza enhiesta  
sobre la calva cresta  
del picacho granítico, una ermita.

## XII

¡Con qué placer la gente pescadora,  
que al despuntar la aurora  
por entre escollos á la mar se lanza,  
del sol poniente al último vislumbre,  
ve lucir en la cumbre  
aquel faro de amor y de esperanza!

## XIII

Cuando, salvo de innúmeros azares,  
torna á los patrios lares

el marinero audaz ¡con qué alegría,  
con qué ferviente fe, descalzo y roto,  
corre á colgar su voto  
en aquel pobre templo de María!

#### XIV

¡María! que del piélago y del alma  
las tempestades calma;  
que recoge en sus brazos y consuela  
al náufrago del mar y de la vida.  
Bálsamo á toda herida,  
puerto á toda aflicción. Maris stella!

#### XV

Desde el peñón desnudo y solitario  
que el blanco santuario  
con su apacible majestad abruma,  
contempla por do quiera la mirada  
la costa acantilada  
donde se estrella con fragor la espuma.

#### XVI

Y al dilatarse por el mar, divisa  
en la línea indecisa  
do se juntan las nubes y las olas,  
raudo vapor, que con la crin al viento,  
acelera el momento  
de arribar á las costas españolas.

#### XVII

Luego, á medida que la luz desmaya,  
con rumbo hacia la playa  
cuyos contornos borra la neblina,  
se ven llegar las pescadoras naves,  
como tímidas aves  
que al nido vuelven, cuando el sol declina.

## XVIII

El faro, al descender la noche oscura,  
en la empinada altura  
de negro promontorio centellea,  
y su destello intermitente oscila,  
cual la roja pupila  
de un Titán, que en las sombras parpadea.

## XIX

Están, desde la cúspide del monte,  
el mar y el horizonte  
a la absorta mirada siempre abiertos,  
y al otro lado, en la vertiente opuesta  
de la escarpada cuesta,  
reclinado el lugar entre sus huertos.

## XX

Silvestres hayas y robustos pinos  
de los cerros vecinos  
orlan y ciñen la brumosa frente,  
por cuyas quiebras rueda y se desata,  
como líquida plata,  
el sonoro raudal de alguna fuente.

## XXI

Y allí, donde de pronto se despliega  
la pintoresca vega,  
siguiendo los contornos desiguales  
de la verde montaña, resguardado  
por el peñón tajado  
de recios y furiosos vendavales;

## XXII

bajo el amparo de la Iglesia santa,  
sobre la cual levanta  
sencilla cruz sus brazos redentores,

sin que la sed de la ambición le aflija,  
humilde se cobija  
aquel pueblo de honrados pescadores.

### XXIII

Por entre los repliegues de una loma,  
rústico albergue asoma  
al margen de un arroyo cristalino,  
cuyo limpio caudal, abriendo calle  
por el fondo del valle,  
mueve después las piedras de un molino.

### XXIV

Fresca arboleda en sus orillas crece,  
y cuando el viento mece  
con leve impulso sus tupidas frondas,  
parece, reflejándose en el río,  
que el ramaje sombrío  
en el espacio tiembla y en las ondas.

### XXV

junto al arroyo que lamiendo pasa  
las tapias de la casa,  
un joven pescador de piel curtida  
por el viento del mar, áspero y rudo,  
iba nudo por nudo  
recorriendo su red, al sol tendida,

### XXVI

para coger los puntos de la malla,  
que en su postrer batalla  
rompió, saltando el pez, vencido y preso  
en la jornada del pasado día,  
cuando la red crujía  
de la copiosa pesca bajo el peso.

### XXVII

Agraciada mujer, viva y morena,  
en la ingrata faena  
le acompañaba, y con secreto gozo,  
a menudo, ligera como el rayo,  
mirándole al soslayo  
orgullosa pensaba: ¡Es un buen mozo!

#### XXVIII

y él, al fijarse, de impaciencia lleno,  
en el redondo seno  
que el ceñido jubón reprime y tapa,  
suspendiendo de pronto su trabajo,  
decía por lo bajo  
con aire vencedor: ¡ Es que eres guapa!

#### XXIX

Entonces, dibujándose indecisa  
en sus labios la risa,  
contemplábase, muda de embeleso,  
la dichosa pareja enamorada,  
y era aquella mirada  
una promesa, una caricia, un beso.

#### XXX

Los dos nacieron para amarse. Es Rosa,  
como su nombre, hermosa:  
arde en sus ojos del placer la llama.  
Su fresca boca, que al halago brinda,  
es dulce cual la guinda  
que el pájaro voraz pica en la rama.

#### XXXI

No tiene la blancura de la nieve,  
que se deshace en breve:  
negros sus ojos son, negro el cabello.  
Competir en su rostro parecía  
la noche con el día;

pero ¿acaso el crepúsculo no es bello?

### XXXII

Cayó en las redes de su amor cautivo  
Miguel, el más activo  
y arriesgado patrón de aquella playa,  
que ágil en el timón, fuerte en el remo,  
en el peligro extremo  
ni tiembla, ni se aturde, ni desmaya.

### XXXIII

Adiestrado en el ímprobo ejercicio  
de su penoso oficio,  
por la abierta camisa muestra el pecho  
de fuerte y musculosa contextura,  
no a la molicie impura,  
sino a las fieras tempestades hecho.

### XXXIV

Bajo su tosca y natural corteza  
oculta la nobleza  
de un corazón resuelto, pero sano.  
Tan sólo Rosa conquistó la palma  
de someter un alma,  
que no logró domar el Océano.

### XXXV

Santificó su paz y su ventura  
la bendición del cura.  
Tres meses hace que al sagrado lazo  
la ya vencida voluntad rindieron,  
tres meses, que se dieron  
el primer beso y el primer abrazo.

### XXXVI

Nunca vio la cantábrica montaña,

honor y prez de España,  
dos almas en sus gustos más unidas,  
ni con tan casto ardor el himeneo  
en un mismo deseo fundió  
dos corazones y dos vidas.

### XXXVII

En su hogar deslizábanse veloces  
las horas y los goces.  
Ignoraba los usos cortesanos  
su amor tan inocente como vivo:  
pero el beso furtivo,  
la franca lisa, el apretón de manos,

### XXXVIII

el íntimo y verboso cuchicheo,  
semejante al gorjeo  
de alegres aves, el falaz desvío  
de que mimada joven alardea,  
sólo el tiempo que emplea  
en decir su amador: Dulce bien mío!

### XXXIX

la voz, el gesto, la expresión, el modo de  
contemplarse, todo  
trastornaba sus almas, pues ¿qué idioma  
por inculto que sea y por grosero,  
para el amor sincero  
no es tierno como arrullo de paloma?

### XL

Juntos en deleitable compañía  
trabajan a porfía  
repasando la red, y tan molesta  
como pesada operación sazona  
la burla retozona,  
la aguda chanza o la atrevida fiesta.

XLI

Reconcentrados en su amor profundo  
¿qué les importa el mundo?  
Los sueños de ambición dan al olvido.  
A su cariño sin temor se entregan  
y juegan como juegan  
los pájaros incautos en su nido.

XLII

No lejos, en el término de un prado  
donde manso ganado  
con la hierba otoñal su gula aplaca,  
la madre de Miguel, limpia y risueña,  
tranquilamente ordeña  
las llenas ubres de fecunda vaca.

XLIII

Con frecuencia, a hurtadillas, clava en ellos  
tan jóvenes, tan bellos  
y tan rendidos a su mutuo encanto,  
los dulces ojos, que la edad apaga,  
y por sus labios vaga  
leve sonrisa, tierna como el llanto.

XLIV

¡Con qué inefable paz la pobre vieja,  
a quien tan sólo deja  
vanas memorias la cansada vida,  
con qué intenso y profundo regocijo  
siente y ve en aquel hijo  
reverdecer su juventud perdida!

XLV

Él la hace recordar tiempos mejores,  
con sus castos amores,  
sus ansias, sus placeres y congojas.

Es como tronco roto, que aún resiste,  
y el mes de mayo viste  
de nuevas ramas y de nuevas hojas.

#### XLVI

Fijose en ella embebecido el mozo,  
y desbordando el gozo  
que en sus plácidos ojos centellea,  
dijo, llamando la atención de Rosa:  
Mírala qué hacendosa  
y entretenida está. ¡Bendita, sea!

#### XLVII

¿Qué puede apetecer? ¡Nos ve felices!  
Rosa exclamó: Bien dices,  
respondiola Miguel: ¡Quieran los cielos  
para colmar la dicha de esa anciana,  
concederle mañana  
inocentes y hermosos netezuelos!

#### XLVIII

La joven, con el seno palpitante,  
mostrando en su semblante  
el vívido color de la amapola,  
al cuello se colgó de su marido,  
y murmuró a su oído  
una tímida frase ¡una tan sola!

#### XLVIX

Mas de poder tan penetrante y hondo,  
que removió hasta el fondo  
el alma de Miguel, como la ardiente  
lumbre del sol que las campiñas dora,  
hace, germinadora,  
estallar en el surco la simiente.

¡Madre! ¡madre! gritó falto de aliento;  
y pronta al llamamiento  
con creciente ansiedad la anciana vino.  
¿Qué es esto? preguntó sobresaltada.  
¿Qué es esto? ¡Pues es nada!  
contéstole Miguel fuera de tino.

## LI

¡Qué avanza mi ventura a toda vela!  
¡Qué vas a ser abuela!  
¡Qué mis sueños de amor alcanzo y toco!  
Y hablaba cada vez menos tranquilo,  
levantándola en vilo  
locuaz y descompuesto como un loco.

## LII

Por fin la anciana desasirse pudo  
del apretado nudo,  
y no vuelta del pasmo todavía,  
haciendo a Rosa malicioso guiño,  
con maternal cariño,  
¡Ah bobo! prorrumpió ¡si lo sabía!

## LIII

Y no cabiendo el júbilo en su pecho,  
en íntimo, en estrecho,  
en entrañable abrazo confundidos,  
mezclaron sus sencillos corazones,  
anhelos, ilusiones,  
lágrimas, esperanzas y latidos.

## LIV

Como de la fortuna en el marco,  
se anticipa el deseo  
con sus alas de rosa al bien distante,  
Miguel dijo soñando: Si no muda  
el tiempo, y Dios me ayuda,

la pesca del atún será abundante.

LV

Se la consagro al niño, y con su importe,  
a Castro... ¡no! a la corte  
iré enseguida, y si en las tiendas hallo  
cosa de gusto, volcaré el bolsillo,  
y le traeré un hatillo  
de príncipe... ¡y un sable!... ¡y un caballo!

LVI

Y añadió enternecido, sonriendo:  
¡Si casi le estoy viendo  
con su carita colorada y fresca,  
y sus gracias alegres y sencillas,  
sentarse en mis rodillas  
rara escuchar los lances de la pesca!

LVII

¡Verás cómo retoza por la playa  
cuando a buscarme vaya!  
Y cuando se acostumbre, al lado mío,  
al olor del carbón y de la brea,  
¡verás cómo gatea  
por los palos y jarcias de un navío!

LVIII

Será siguió diciendo satisfecho,  
un mozo de provecho  
más resistente y firme que una entena.  
Iremos juntos, y se hará a mis mañas.  
¡Hijo de mis entrañas!  
Rosa le interrumpió con susto y pena.

LIX

¡Él, expuesto al peligro de los mares!...

¿No bastan los pesares  
que me afligen por ti? ¡Vaya un empeño!  
No lograrás vencerme, te lo digo,  
harto sufro contigo  
sin que nueva inquietud me robe el sueño.

#### LX

¡Bravo! exclamó Miguel: ¡Famosa ideal  
Pues ¿qué quieres que sea?  
Y mirándole Rosa con ternura,  
¡Cura! le respondió ¡Cómo! repuso  
el pescador confuso,  
¡y un mozo tan cabal ha de ser cura!

#### LXI

¡Sí, sí! Para que ruegue noche y día  
a la Virgen María,  
respondió con tiernísimo arrebato,  
por cuantos mueren en la mar traidora,  
por la infeliz que llora  
su mísera viudez... y por ti ¡ingrato!

#### LXII

Pues no me harás cejar. Ni a mí tampoco,  
Vayamos poco a poco  
dijo, cortando la incipiente riña  
la madre de Miguel. Pues yo no paso  
por que apuréis el caso  
sin contar con el huésped. ¿Y si es niña?

#### LXIII

Quedose el pescador mudo y perplejo:  
arrugó el entrecejo  
contrariado tal vez; pero de pronto,  
á compás de ruidosa carcajada  
prorrumpió: ¡Nada, nada,  
madre tiene razón! ¡Es que soy tonto!...

#### LXIV

Si es niña, ya sabéis, no la recibo,  
aun cuando sea el vivo  
retrato de mi adusta morenita.  
Y con franca efusión abrazó a Rosa,  
que entre esquiva y gozosa  
dijo, evitando sus cariños: ¡Quita!

#### LXV

¿Quién ve tanta ventura indiferente?  
¡Santa y perenne fuente  
del amor paternal, que en nuestro anhelo  
en misteriosas ondas repartida,  
para endulzar la vida  
y templar nuestra sed, bajas del cielo!

#### LXVI

¡Sentimiento purísimo del alma,  
que turbas nuestra calma,  
y con ritmo jamás interrumpido  
despiertas los estímulos que duermen,  
haces vibrar el germen,  
subir la savia y palpar el nido!

#### LXVII

A tu voz la inmortal naturaleza  
suspende la fiereza  
del oso huraño y del león hirsuto,  
y tu fuego vivaz que do quier arde,  
ímpetu da al cobarde,  
vigor al débil y razón al bruto.

#### LXVIII

Todo, sujeto a inexorable norma,  
se muda, se trasforma,  
y en este inmenso impenetrable abismo

que la infinita variedad encierra,  
tan sólo tú, en la tierra,  
en el cielo y el mar, eres el mismo.

#### LXIX

Pero ¡oh suerte importuna! En el momento  
de su mayor contento,  
asomando al través de los maizales  
que encubren la vereda del molino,  
un marinero vino  
a turbar sus ensueños paternas.

#### LXX

Era Roberto, amigo y camarada  
de Miguel. Alma honrada  
que a su pesar apasionado culto  
consagra a Rosa; amor inofensivo.  
pero punzante y vivo,  
en lo más hondo de su pecho oculto.

#### LXXI

¿Ya vienes a buscarme? Es muy temprano.  
Con tono afable y llano  
dijo al verle Miguel. Bien se conoce  
que tienes contestó la paz en casa,  
y que el reló se atrasa  
para quien vive a gusto. ¡Son las doce!

#### LXXII

¿A qué esperamos, pues? El tiempo es bueno,  
el cielo está sereno  
y el mar tranquilo y manso. Con que puedes  
calcular el aguante de tu malla,  
pues hoy, o todo falla,  
van con la pesca a reventar las redes.

#### LXXIII

¡No es lícito a los pobres el regalo!...  
El año ha sido malo...  
Cierto Miguel repuso, y necesito  
no perder la ocasión, porque mi esposa...  
Iba a hablar; pero Rosa  
dijo, abrazando al imprudente: ¡Chito!

#### LXXIV

Si mi franqueza tu disgusto labra,  
no diré una palabra,  
contestole Miguel. Mientras Roberto  
rendido al golpe de su ardiente pena,  
contemplaba la escena,  
lívido y silencioso como un muerto.

#### LXXV

Quien en lo oscuro de su pecho esconda  
la herida viva y honda  
que sangra sin cesar, de un desdichado  
amor, y tenga para más tortura,  
el sueño de ventura  
que nunca logrará, siempre a su lado;

#### LXXVI

quien de los celos pertinaces sienta  
la mordedura hambrienta,  
y finja, indiferente o satisfecho,  
ver su imposible bien en otros brazos,  
mientras quiere a pedazos  
el corazón saltársele del pecho;

#### LXXVII

quien amando en silencio hasta el delirio  
no tenga en su martirio  
ni aun el triste consuelo de la queja,  
podrá tan sólo comprender el fiero  
pesar del marinero,

ante el placer de la gentil pareja.

### LXXVIII

Miguel de pronto profirió: ¡Al avío!  
con desenvuelto brío  
la fuerte red plegando. Diligente,  
y según su costumbre cariñosa,  
iba a ayudarle Rosa  
cuando él le dijo amedrentado: ¡ Tente!

### LXXIX

¡Por Dios! ¿Qué vas a hacer? Pues bueno fuera  
que un esfuerzo cualquiera...  
¡No me des qué sentir! Y a más, te aviso,  
que hoy la felicidad me presta aliento.  
¡Hasta capaz me siento  
de cargar con la barca, si es preciso!

### LXXX

Entre risas, y plácemes y fiestas  
Miguel echose a cuestras  
la recogida red, diciendo: ¡Vaya!  
Nada hacemos aquí. Y él y Roberto,  
en íntimo concierto  
tomaron el sendero de la playa.

### LXXXI

Marchaba el ágil mozo con presteza,  
volviendo la cabeza  
a cada instante hacia su linar cercano,  
desde donde en señal de despedida,  
la joven conmovida  
le mandaba sus besos con la mano.

### LXXXII

Y hasta que casi al fin de la jornada,

su prenda idolatrada  
se internó en las revueltas del camino,  
no apartó, con dulcísima porfía,  
del rumbo que él seguía,  
ni el corazón ni el rostro peregrino,

#### LXXXIII

viendo, no sin nublársela el semblante,  
cada vez más distante  
al dueño de su vida y de su casa;  
que la ausencia en amor, aun la más breve.  
cual nubecilla leve,  
oscurece los cielos mientras pasa.

#### LXXXIV

¡Ah! ¿cómo no quererle si es tan bueno!...  
dijo, oprimiendo el seno  
maternal, con tan blando y dulce nudo,  
que, de la dicha de su hogar ufana,  
la enternecida anciana  
contener una lágrima no pudo.

#### LXXXV

En tanto, los alegres marineros  
perdiéronse ligeros  
tras un peñón que hacia la senda avanza,  
y al fin de cuya estrecha cortadura  
la indómita llanura  
del vasto mar a descubrir se alcanza.

#### LXXXVI

Desde allí se divisan de repente,  
su grandeza imponente,  
su augusta calma o su furor sublime,  
y con su regia majestad a solas,  
óyese de sus olas  
la voz tonante que amenaza o gime.

### LXXXVII

En coloquio jovial entretenidos  
van, de la mano asidos,  
hacia donde a merced de la marea  
que su ancha curva en las arenas raya,  
cual reina de la playa  
la barca de Miguel se balancea.

### LXXXVIII

¡Qué es verla, al separarse de la orilla,  
con atrevida quilla  
surcar graciosa el líquido elemento,  
y mar afuera, inquieta y juguetona,  
tender la blanca lona  
a las caricias pérfidas del viento!

### LXXXIX

¡Qué es ver cómo al peligro se aventura,  
cuando la sombra oscura  
se precipita sobre el mar de Atlante!  
Y cuando viento duro el golfo riza,  
¡qué es ver cuál se desliza  
por la espalda ondulosa del gigante!

### XC

Nunca el riesgo imprevisto la acobarda,  
y hiende tan gallarda  
la inmensidad del piélago bravío,  
que no deja tras sí, rápida y suave,  
ni aun la huella que un ave,  
rozando con el ala, abre en el río.

### XCI

El noble pecho de Miguel se ensancha  
ante la airosa lancha  
que su fortuna y su ambición encierra,

y le presta solícito el cuidado  
con que el bravo soldado  
mima y atiende a su corcel de guerra.

## XCII

Un mancebo, que estaba de atalaya,  
gritó a los de la playa:  
¡El patrón! Y animosa la cuadrilla  
a la dura jornada se dispuso.  
Sólo absorto y confuso  
un pescador permaneció en la orilla,

## XCIII

Sentado en un montón de húmeda arena,  
extraño a la faena  
ocultaba su rostro entre las manos,  
mostrando sólo en su actitud doliente  
la ancha y curtida frente  
orlada a trechos de cabellos canos.

## XCIV

Cual no maduro fruto, que la helada  
malogra, su hija amada  
cayó marchita al soplo de la muerte,  
y se le sale, sin sentir, del pecho  
el corazón deshecho,  
en las acerbis lágrimas que vierte.

## XCV

Quien ha sufrido la mortal congoja  
que, sin piedad, deshoja  
como agostada flor nuestra ventura  
en ese instante de terrible prueba,  
en que voraz se lleva  
parte de nuestro ser, la sepultura:

## XCVI

cuando con lenta gradación se apaga  
la luz dudosa y vaga  
que colora la faz del moribundo,  
¡ay! y a medida que en sus ojos crece  
la sombra, nos parece  
que va cayendo en lobreguez el mundo;

#### XCVII

cuando vencidos en estéril lucha,  
nuestra impotencia escucha  
el tremendo estertor de la agonía,  
y con angustia alborotada y loca  
posamos nuestra boca  
sobre otra boca descompuesta y fría,

#### XCVIII

casi cerrada en su letal reposo  
al ritmo fatigoso  
que el pecho cadavérico le presta,  
y que ya de la muerte bajo el peso,  
ni al anhelante beso,  
ni al tierno abrazo. ni a la voz contesta;

#### XCIX

cuando aun tibios los míseros despojos,  
vemos con turbios ojos  
toda nuestra ilusión desvanecida,  
y en medio del pesar que nos destroza,  
sentimos cuál se goza  
traidor recuerdo en enconar la herida;

#### C

cuando envuelto en su fúnebre mortaja,  
negra y medrosa caja  
el bien amado para siempre encierra,  
y siente el corazón despavorido  
el ruido, el sordo ruido

que hace al cubrir el féretro la tierra:

CI

¡ay! quien tenga grabada en su memoria  
esa trágica historia,  
sin cesar repetida y siempre nueva,  
verá, evocando su dolor pasado,  
el dardo envenenado  
que el triste padre en sus entrañas lleva.

CII

Al verle presa de aflicción tan viva,  
con frase compasiva  
le interrogó Miguel franco y abierto.  
Alzó el viejo la faz desencajada,  
y con voz desmayada,  
¿No sabes? sollozó ¡mi Juana ha muerto!

CIII

El sentimiento concentrado es mudo,  
mientras un choque rudo  
no sacude el marasmo que le embota,  
porque entonces el ansia comprimida,  
como por ancha herida  
la hirviente sangre, atropellada brota.

CIV

Y cuando el corazón rompe su valla,  
en el dolor que estalla  
se mezclan y amalgaman con espanto,  
como fundidos por el mismo fuego,  
la imprecación y el ruego,  
y el gemido, y la cólera, y el llanto.

CV

Tal la voz de Miguel, blanda y serena,

exasperó la pena  
que al tosco anciano le apretaba el cuello,  
y exaltándose al cabo poco a poco,  
con la rabia de un loco  
maldiciendo y mesándose el cabello,

#### CVI

¡ay! de pronto exclamó con ceño adusto:  
¡Mentira! Dios no es justo  
cuando se goza en aumentar mi cuita.  
Tienen en buena paz muchos bribones  
tierras, barcos, millones...  
¡yo, una pobre muchacha... y me la quita!

#### CVII

¿Qué mal hacía la infeliz doncella?  
¿Cómo vivir sin ella?...  
Y se apagó la voz en su garganta.  
Mas sin justicia ni razón me quejo,  
gimió el honrado viejo:  
¡No nació para el mundo! ¡Era una santa!

#### CVIII

Miguel, tendiendo al afligido anciano  
la encallecida mano,  
vuelve a casa le dijo y llora y reza  
junto a la amada prenda que perdiste.  
¡No! contestole el triste  
moviendo gravemente la cabeza.

#### CIX

Aunque me falta el sol de la alegría,  
conservo todavía,  
gracias a Dios, mi voluntad de hierro.  
¿Por qué te he de mentir, si eres mi amigo?  
Saldré a la mar contigo.  
¡Necesito el jornal para su entierro!

## CX

Quiero comprarle, si tenemos suerte,  
las galas de la muerte:  
una cruz, un sudario y una palma.  
Guardó breve silencio el desdichado  
y luego desolado  
clamó con bronco acento. ¡Hija del alma!

## CXI

Su misma voz, que reprimir no pudo,  
como puñal agudo  
clavósele en el pecho, y tan activa  
creció en su corazón la angustia fiera,  
cual la insaciable hoguera,  
que cuanto más devora, más se aviva.

## CXII

Enternecido ante infortunio tanto,  
y conteniendo el llanto  
Miguel le respondió: Tu pobre Juana  
tendrá lo que tu anhelo solicita:  
la humilde cruz bendita,  
la palma virgen y el sayal de lana.

## CXIII

Pero vuelve a tu hogar, porque no quiero  
que un bravo compañero  
a su propio tormento contribuya.  
No serás, si te niegas, buen amigo,  
y atiende a lo que digo:  
hoy pesco para ti. ¡Mi parte es tuya!

## CXIV

Cayó, cual dulce bálsamo, la oferta  
sobre la herida abierta  
del triste anciano, y mitigó su duelo

llanto reparador, tranquilo y suave.  
Siempre para quien sabe  
sentir, la gratitud es un consuelo.

#### CXV

¡Que Dios te colme de mercedes, hijo!  
con blando acento dijo,  
las lágrimas secando en su mejilla.  
Miguel para ocultar su sentimiento,  
ligero como el viento  
a la barca saltó desde la orilla.

#### CXVI

Toda su gente al tráfago dispuesta,  
con ansia manifiesta  
esperaba no más la voz de mando.  
Diola el patrón; y con vigor supremo,  
el resistente remo  
en las arenas de la playa hincando,

#### CXVII

puso a flote la lancha embarrancada,  
que lenta y sosegada  
siguió después por la canal angosta,  
única vía, franca y descubierta,  
entre la barra incierta  
y las tajadas peñas de la costa.

#### CXVIII

La roca, a modo de ciclópeo muro,  
inabordable, oscuro,  
desde la playa misma se adelanta,  
hasta la punta del siniestro Cabo  
do el mar potente y bravo  
con sorda intermitencia se quebranta.

#### CXIX

Varias cruces sencillas de madera,  
en pavorosa hilera  
resaltan del peñón de trecho en trecho,  
señalando en el áspero arrecife,  
el sitio en que un esquife  
quedó, a los golpes de la mar, deshecho.

### CXX

Recuerda cada cruz alguna escena  
de horror y espanto llena.  
Más de un pobre marino halló su fosa,  
entre el medroso y formidable estruendo  
de la borrasca, oyendo  
penetrantes ayes de su esposa.

### CXXI

Donde la punta del peñón termina,  
por mísera y mezquina  
pudiérase decir que el mar desdeña,  
aunque a veces su presa lo disputa,  
una abrigada gruta  
labrada por las olas en la peña.

### CXXII

Gratas para las lanchas pescadoras  
las apacibles horas  
trascurren sin sentir. Con los reflejos  
de la luz que en las aguas reverbera,  
el mar, como si fuera  
de inflamado metal, brilla a lo lejos,

### CXXIII

Miguel desde la popa de su barca,  
con la mirada abarca  
el golfo en que indolente se aventura.  
Está a sus pies sumiso y reposado  
como león cansado,

y la atmósfera azul, diáfana y pura.

#### CXXIV

Lánguida brisa, replegando el ala,  
mansamente resbala  
sin conmover el piélago sereno,  
semejante al aliento tibio y leve,  
que apenas alza y mueve  
de una virgen dormida el casto seno.

#### CXXV

El barco, al apartarse de la playa,  
rápidamente raya  
las claras ondas con su blanca estela,  
y al avanzar con suave balanceo,  
parece que el deseo  
va impaciente sirviéndole de vela.

#### CXXVI

Del tiempo, más que del trabajo, avara,  
la gente se prepara,  
el remo suelta, y su esperanza funda  
en la corriente azul del Océano,  
como el dolor humano,  
amarga, sí, pero también fecunda.

#### CXXVII

Tres veces por el ámbito marino  
con provechoso tino  
tiende la fuerte red, y las tres veces  
al recogerla, brillantó su trama,  
la refulgente escama  
que en vívido montón lucen los peces.

#### CXXVIII

¡Te lo anuncié, Miguel! Ya ves si acierto.

Dice alegre Roberto,  
mientras que sujetando por la agalla  
con diligente mano desenreda,  
al pez, que preso queda  
en los hilos nudosos de la malla.

#### CXXIX

Y con aire triunfal alzando a pulso  
un sollo, que convulso  
entre sus férreos dedos se torcía,  
regocijado exclama: ¡Brava presa!  
No se pone en la mesa  
del rey, cosa mejor. ¡Este es gran día!

#### CXXX

El sol empieza a declinar. La gente  
a medida que siente  
su ganancia crecer, redobla el celo,  
y sin cejar un punto en su tarea,  
quién en la red se emplea,  
quién, sentado en la borda, echa un anzuelo,

#### CXXXI

quién al enorme pez, que agonizante,  
colea, en un instante  
con implacable actividad remata;  
y de la pesca el acre olor parece  
que alienta y fortalece  
al marinero en su existencia ingrata.

#### CXXXII

A poco, tenue y vaporoso velo  
fue enturbiando del cielo  
la limpia claridad. Oscura nube  
desde el confín remoto se avecina,  
sorbiendo la neblina  
que de las ondas impalpable sube.

### CXXXIII

A medida que llega va aumentando:  
el mar plácido y blando  
por momentos se encrespa y alborota.  
Estremécese el viento, antes dormido,  
y hacia el agreste nido  
tiende el medroso vuelo la gaviota.

### CXXXIV

De improviso una racha fugitiva  
del oleaje aviva  
el ímpetu naciente. Las espesas  
nubes marchan en giro apresurado,  
y al fin rompe el nublado  
en gota, tan escasas como gruesas.

### CXXXV

¡Hum! exclama frunciendo el entrecejo  
un pescador ya viejo.  
¡El tiempo muda, la borrasca avanza!  
Y otro añade después: Se aguó la fiesta!  
¡Ah, cobardes! contesta  
Miguel en tono de amistosa chanza:

### CXXXVI

¿Os asusta una nube de verano?  
¡Sí! responde el anciano.  
¡La galerna está encima! No discuto  
le interrumpe el patrón. Mas Juana ha muerto,  
y yo no vuelvo al puerto  
si no llevo a su padre para el luto.

### CXXXVII

Y la pesca siguió con mayor brío,  
sin que del mar bravío  
la sorda turbación los contuviera.

Pues ¿quién fuerza al lebrel cuando en la pista  
la ansiada res avista,  
a pararse en mitad de su carrera?

### CXXXVIII

Mas de golpe la lluvia se desata  
cual rauda catarata;  
el huracán sus ráfagas sacude  
como un corcel la crin; al llamamiento  
del alterado viento,  
la ola, bramando de furor, acude.

### CXXXIX

Y se empeña otra vez con recio embate,  
el eterno combate  
que presencian los siglos confundidos,  
en que después de trágicos horrores,  
los fieros gladiadores  
ceden cansados, pero no vencidos.

### CXL

Quédase muda de estupor la gente.  
Negra, inmensa, rugiente  
rueda la tempestad: con ciego empuje  
cual fogoso bridón que se desboca,  
la ola adelanta, choca  
contra la barca, se revuelve y ruge.

### CXLI

¡Hola! grita Miguel ¡Cortad la cuerda,  
aunque la red se pierda!  
Aun habrá tiempo de llegar al faro.  
¡Ánimo, chicos! y forzad los remos,  
que pronto arribaremos.  
¡La santa Virgen nos dará su amparo!

### CXLII

El endeble timón Miguel aferra  
y a la cercana tierra  
dirige el rumbo como buen marino,  
mientras la gente, ante el peligro absorta,  
con ágil remo corta  
la indócil ola, abriéndose camino.

### CXLIII

Estimulado por la voz del trueno,  
el mar su turbio sello  
con resonante convulsión agita;  
cual irritada fiera el lomo enarca  
y hacia la frágil barca  
sus gigantescas olas precipita.

### CXLIV

A merced de la mar arrolladora,  
la lancha pescadora  
los golpes sufre, pero no desmaya.  
Y los vecinos del lugar, en tanto,  
vuelan llenos de espanto,  
en confuso tropel hacia la playa.

### CXLV

Mozos, ancianos, niños y mujeres,  
imploran por los seres  
que amenaza el furor del mar sombrío,  
y ardientes quejas, alteradas voces  
revueltas y veloces,  
pueblan el aire en ronco griterío.

### CXLVI

Luego el tropel desordenado y vario  
invade el santuario  
que la escarpada cúspide corona,  
donde al pie del altar, una y cien veces  
con dolorosas preces,

pide auxilio a su célica Patrona.

#### CXLVII

Joven esposa sus cabellos mesa,  
otra, en silencio besa  
desesperada a un párvulo inocente,  
un débil niño en su pueril despecho,  
golpeándose el pecho,  
en el polvo del templo hunde su frente

#### CXLVIII

otro ofrece a la Virgen con devoto  
fervor, sencillo voto;  
y del concurso general, movido  
por el temor, la angustia y el deseo,  
el alto clamoreo,  
¡ay! más que una oración, es un gemido.

#### CXLIX

En el lugar más arduo de la costa,  
hacia la boca angosta  
del canal, siempre al marinero aciaga,  
bulle otra multitud, dando a los vientos,  
sus ayes y lamentos,  
que el recio son del temporal apaga.

#### CL

Pintándose en su faz el extravío,  
por medio del gentío,  
la madre de Miguel, como una sombra,  
se mueve, sin cesar. Corre, pregunta,  
reza, las manos junta,  
y al hijo amado, inconsolable nombra.

#### CLI

Rosa trémula y muda la acompaña;

copioso llanto baña  
sus claros ojos que oscurece el duelo.  
Tiene el lívido rostro de una muerta,  
y la razón cubierta  
de tormentosas nubes como el cielo.

#### CLII

Todos enternecidos la abren paso.  
¿Conocerán acaso  
la noticia fatal? La incertidumbre  
de Rosa, surge a tan horrible idea,  
y con terror pasea  
su vista por la absorta muchedumbre.

#### CLIII

Aquel silencio lúgubre la mata.  
Frenética, insensata  
a una amiga se acerca: ¿Dónde, dónde  
está Miguel? ¡Ten lástima! solloza.  
La sorprendida moza  
mírala estupefacta, y no responde.

#### CLIV

¡Ha muerto! añade acongojada ¡Ha muerto!  
Pero un marino experto  
en los trances del mar, compadecido  
de la atroz inquietud que la enajena,  
para templar su pena  
dícele con amor: ¡Cobra el sentido!

#### CLV

¿A qué viene apurarse de esa suerte?  
¿Qué sacas con ponerte  
en el último extremo? Cuando tarda  
la barca en presentarse, conjeturo  
que ya en lugar seguro,  
tan sólo el fin del temporal aguarda.

## CLVI

¡Ea! Enjuga tus lágrimas: no llores,  
porque riesgos mayores  
ha vencido Miguel, que es tan resuelto.  
Mas ¿le viste volver? pregunta Rosa  
turbada y anhelosa,  
y le contesta el pescador: No ha vuelto.

## CLVII

Entonces trepa a la escarpada cima,  
al borde se aproxima  
del saliente peñón, como una idiota,  
y expuesta a peligroso paroxismo,  
avanza hacia el abismo  
la descompuesta faz, que el viento azota.

## CLVIII

En medio del pesar que la anonada,  
la atónita mirada  
hunde en la inmensidad, y es su porfía  
tan profunda y tenaz, que si pudiera,  
la mar rebelde y fiera  
con sus ávidos ojos sorbería.

## CLIX

¡Ay! ¡si lograrse traspasar la bruma!...  
¡Si entre la blanca espuma  
viese al mortal por quien suspira y ruega!...  
Cuando divisa un barco en lontananza,  
renace su esperanza  
y clama, llena de ansiedad: ¡Ya llega!

## CLX

¡Estéril impaciencia! ¡Vano empeño!  
¿En dónde está su dueño  
que no acude a su voz? ¿Por qué no viene?

Su amante madre la acaricia y calma.  
¡Compadeced al alma  
que da consuelos ¡ay! ¡y no los tiene!

#### CLXI

Allá en la playa un grupo generoso,  
sin tregua ni reposo  
anuda cuerdas y apareja un bote,  
sometido al mandato soberano  
de respetado anciano,  
mezcla de marinero y sacerdote.

#### CLXII

Viril arrojo en sus pupilas arde  
sin ostentoso alarde,  
y aunque a los años la cerviz inclina,  
presta vigor a su cabeza cana  
la fortaleza humana,  
templada al fuego de la fe divina.

#### CLXIII

Al cabo por la estrecha cortadura,  
luchando a la ventura  
con el viento y las olas, impelida  
por la borrasca hacia el difícil paso,  
en donde puede acaso  
quedar a salvo o perecer hundida,

#### CLXIV

entre el fragor que por momentos crece,  
intrépida aparece  
la barca de Miguel; pero ¡en qué estado!  
Cual gladiador que tras inútil prueba  
huye vencido, lleva  
cien heridas de muerte en su costado.

#### CLXV

Resistiendo la cólera salvaje  
del soberbio oleaje,  
la gente fuerzas del peligro cobra;  
y aunque la lancha, como leve pluma,  
entre montes de espuma  
parece a cada instante que zozobra,

#### CLXVI

cien veces con impávido heroísmo,  
resurte del abismo  
obediente a la mano que la guía.  
Ninguna voz en su interior se escucha,  
que el riesgo de la lucha  
tiene una majestad muda y sombría.

#### CLXVII

¡Oh! ¡van a perecer! ¿Queréis seguirme?  
Con voz entera y firme  
pregunta el cura. ¡Á vuestro amor apelo!  
Arrancaremos a la mar su presa  
y si en tan santa empresa  
morimos, ¿qué es morir? ¡Ganar el cielo!

#### CLXVIII

El religioso impulso que le mueve  
su aliento dobla, leve  
cual fornido mancebo, al bote salta.  
El peligro conoce y no le esquivo:  
pues ¿a quién, si arde viva  
la fe en su pecho, el ánimo le falta?

#### CLXIX

Todos se aprestan a seguir su suerte,  
que aquel combate a muerte  
de generosa emulación los llena.  
¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,  
podrá mancharte el vicio

y ofuscarte el error; pero eres buena!

#### CLXX

El bote listo ya, con seis remeros  
hábiles y ligeros,  
abrirse paso hacia el canal ensaya.  
¡Vana ilusión! ¡La mar embravecida,  
con fuerte sacudida  
pedazos hecho le arrojó a la playa.

#### CLXXI

¡Señor! Tus altos juicios no escudriño  
llorando como un niño,  
gimió en su angustia el viejo venerable.  
Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos  
hijos! Tal vez podamos  
desde el mismo peñón echar un cable.

#### CLXXII

Respondiendo a su voz, según costumbre,  
a la empinada cumbre  
el grupo asciende, y con empeño lanza  
el recio cabo a la corriente ciega;  
mas ¡ay! que nunca llega  
al náufrago batel. ¡No hay esperanza!

#### CLXXIII

¡No hay esperanza! El cura consternado  
increpa al mar airado.  
Sin freno alguno que su empuje venza,  
la tempestad incontrastable brama.  
Y el noble anciano exclama:  
¡Hijos míos! ¡Yo acabo, y Dios comienza!

#### CLXXIV

¡No hay esperanza! Y la barquilla aun flota

desgovernada y rota.  
Aun los pobres remeros, más audaces  
cuanto más la borrasca se acrecienta,  
lidian con la tormenta  
desesperados, sí, pero tenaces.

#### CLXXV

¿Dónde tender la salvadora amarra?  
¿Cómo cruzar la barra  
que el paso cierra del canal estrecho,  
si ya tiene la barca pescadora,  
quebrantada la prora,  
el casco hendido y el timón deshecho?

#### CLXXVI

El avariento mar la presa ansía.  
¡Ya es suya! Todavía,  
resistiendo en los frágiles despojos  
del roto barco, en su ansiedad suprema,  
la gente rema, rema,  
rema, y nublan las lágrimas sus ojos.

#### CLXXVII

¿Qué busca? ¿Adónde va? ¿Por qué se afana?  
Su resistencia es vana.  
¡Ay! la esperanza al corazón se aferra  
en los casos adversos e infelices,  
aun más que las raíces  
a las duras entrañas de la tierra.

#### CLXXVIII

¡Juan, lárgame una estacha! grita el bravo  
Miguel, y por un cabo  
átala pronto y bien, que si consigo  
con el otro nadar hasta la orilla,  
podrá nuestra barquilla  
en la gruta del faro hallar abrigo.

### CLXXIX

Dobló la frente oscurecida y grave.  
¿En qué pensaba? ¿Cabe  
dudarlo un punto? En el edén perdido,  
en su infeliz mujer, en el risueño  
ángel, que vio en un sueño,  
huérfano ¡ay triste! aun antes de nacido.

### CLXXX

¡Eh! contéstale Juan: ¡Ahí va la estacha!  
Miguel el hombro agacha  
para esquivar el golpe; mas Roberto,  
asiéndola en el aire de improviso,  
prorrumpe: No es preciso:  
yo llegaré a la costa, vivo o muerto.

### CLXXXI

La pasión que alimenta su ternura,  
y en él, como la pura  
lámpara de un altar, arde escondida,  
le inspiró, en su postrera llamarada,  
ofrecer a su amada  
no sólo el corazón, sino la vida.

### CLXXXII

De su mojado traje se desnuda,  
y a su cintura anuda  
la retorcida cuerda. Intenta en vano  
resistirse Miguel en son de queja,  
y se obstina, y forceja,  
y arráncarsela quiere de la mano.

### CLXXXIII

¡Quita! Roberto exclama: ¡Si en un credo  
ganar la costa puedo!  
¡Es inútil que chilles: no te escucho!

Esto sería asesinar a Rosa.  
Y con voz temblorosa  
dice, saltando al mar: ¡Quiérela mucho!

#### CLXXXIV

Hacia el negro peñón el rumbo guía,  
y sin temor confía  
a sus robustos brazos su defensa.  
Mas de repente, en turbio remolino,  
a trastornarle vino  
ola veloz, arrolladora, inmensa.

#### CLXXXV

Sobre su frente con estruendo estalla,  
y en desigual batalla  
le revuelca, le arrastra y le sofoca.  
Desaparece el desdichado, juega  
la onda con él, y ciega  
le estrella al fin contra la enorme roca.

#### CLXXXVI

Ante aquel espectáculo de muerte,  
desencajada, inerte,  
de pie sobre la mole de granito  
que sacude la mar tempestuosa,  
lanzó de pronto Rosa  
un grito aterrador. ¡Qué horrible grito!

#### CLXXXVII

El ¡ay! desgarrador, como una espada,  
de quien no espera nada;  
¡ay! que del corazón en lo más hondo,  
las heces amarguísimas remueve  
del cáliz en que bebe  
la humanidad, para el dolor sin fondo.

#### CLXXXVIII

Cual mies que cede al ímpetu del viento,  
convulsa, sin aliento,  
levantando sus manos, ya inactivas,  
la humilde multitud se postra en tierra,  
y con fervor que aterra  
eleva a Dios sus preces aflictivas.

#### CLXXXIX

¡Oh momento solemne! Austero y triste  
la majestad reviste  
de su augusta misión el sacro anciano,  
y humedeciendo el llanto sus mejillas,  
se dobla de rodillas  
ante la inmensidad del Océano.

#### CXC

Su mano extiende trémula y cansada,  
levanta la mirada  
a la celeste bóveda, testigo  
mudo de tanto horror, y con acento  
parecido a un lamento:  
¡Hijos! grita ¡Os absuelvo y os bendigo!

#### CXCI

¿Qué vio después la multitud? Ver pudo  
el cielo siempre mudo,  
desierto el mar, la barca destruida,  
y una hermosa mujer, rígida y yerta,  
lo mismo que una muerta,  
en el estéril peñascal tendida.

#### CXCII

Un año ha trascurrido. La alta cumbre  
con su postrera lumbré  
baña fúlgido sol desde el ocaso,  
y en hora tal de paz y de misterio,  
al santo cementerio

una débil mujer dirige el paso.

### CXCIII

¡Cuán sola está, cuán pobre, cuán cambiada!  
Rosa fragante, ajada  
en mitad de su alegre primavera,  
bajo el vivaz recuerdo que la excita,  
aquella flor marchita  
ni sombra es ya de lo que entonces fuera!

### CXCIV

Abraza y besa con febril cariño,  
a un escuálido niño  
nacido entre miserias y trabajos.  
El hatillo de príncipe, que un día  
soñó la fantasía  
del infeliz Miguel, era de andrajos.

### CXCV

Recrudeciendo el duelo que la enerva,  
entre la fresca hierba  
dos fosas busca, se prosterna y ora.  
Y cobrando calor de un seno amante,  
el desvalido infante  
sus manecitas mueve, y también llora.

### CXCVI

¡Ay! ¿Podrá ser que el leño de la selva  
a engalanarse vuelva?  
¿Renovará sus cánticos el ave  
que dejó la borrasca, herida y muda?  
¿La infortunada viuda  
olvidará algún día? ¡Dios lo sabe!

### CXCVII

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:

el ardiente arrebató  
del amor, la ilusión que se deshoja,  
la fe que espira, el gozo y el tormento:  
que el hondo pensamiento,  
como el mar, sus cadáveres arroja.

### CXCVIII

Mas cuando alguno en nuestra mente queda,  
cuando tenaz se enreda  
al débil corazón, y en él dilata  
su raíz, como hiedra trepadora,  
entonces nos devora,  
porque el triste recuerdo, o muere o mata.